

## RAFAEL ANDOLZ

*Oiartzun, 30-12-1994*

*Antonio Zavala*

Rafael Andolz y yo nos conocimos al inicio del curso 1948-1949, en el que por vez primera llegó a Loyola un grupo de estudiantes aragoneses.

Entre ellos hubo uno que al poco tiempo dio mucho que hablar. No era para menos. El buen maño había tenido la ocurrencia de ponerse a aprender euskera. Se había encontrado con un pueblo que hablaba otro idioma y no quería que éste fuese una barrera.

Empezó a manejar gramáticas y libros. Todo rato libre era bueno. En los recreos, si coincidía con vascos, no había otro tema de conversación. Ese fue precisamente el comienzo de nuestra amistad, porque también a mí me mareaba con sus consultas.

Más aún: se unió a los que salíamos a enseñar catecismo por el contorno. El viaje de ida y vuelta él lo convertía en clase de euskera. Y en el punto de término se encargaba de los más pequeños y les enseñaba: *Aita gurea, zeruetan zaudena...*

Una de las veces, en la escuela de Elosiaga, después de la catequesis, nos quedamos un rato charlando con el maestro, también vasco, pero lo hicimos en castellano. A la vuelta, el forastero, el maño, nos reconvino:

—Ante de los chicos no habléis en castellano, porque desprestigiáis su lengua: el euskera.

De Loyola pasamos a Oña. Allí, nuestra amistad se vio reforzada por una afición común: las excursiones. Guardo recuerdos de haber ascendido juntos a las cimas de los montes Obarenes, de haber explayado la vista en los amplios horizontes de la Bureba, de haber visitado los valles de Tobalina, Valdiviello y Caderechas; de haber paseado entre las paredes rocosas del desfiladero de la Horadada, donde el río Oca se une con el Ebro.

Pero la excursión que más grabada tengo es la que hicimos un día de San Isidro a Villanueva de los Montes. Durante la misa, Rafael y yo cantamos algunos devotos motetes. Ya fuera, para animar la fiesta, cantamos a dúo una

jota. Pero entonces, para responder a nuestro envite, dos mozarrones ancharon sus piernas y echaron al viento una jota de ésas que levantan las tejas. Aquella vez el amigo Rafael y yo quedamos mal. Porque lo de los mozos era jota y no lo nuestro.

De modo que el 15 de mayo del año de gracia de 1952, en el atrio de la iglesia de Villanueva de los Montes, provincia de Burgos, *caput Castellae*, quedó demostrado que, para ser buen jotero, es mejor ejercitar la garganta al aire libre arreando a bueyes o mulas, que no calentarse los cascotes encerrado en un aula estudiando filosofía escolástica.

Después, Rafael tomó el camino del seminario, se hizo mosén y se estrenó como tal en Almedúbar, en la patria nada menos que del gran Pedro Saputo.

Un día de verano, residía yo entonces en San Sebastián, cuando recibí una carta suya:

“Oye: con los mocetes de aquí quiero organizar una excursión a Donostia. Pregunta a tus jefes si podrían dejarnos una clase para pasar la noche.”

Mis jefes dijeron que sí y una tarde allí se nos presentó un autobús cargado de mañicos. Lo primero, ir a ver el mar, que pocos de ellos conocían. Llegamos al Paseo Nuevo, las olas rompían contra las rocas y despedían nubes de espuma que mojaban la cara. En ésas, uno de los mocés exclamó:

—Chicó, ¡qué saladica es el agua!

El buen baturrico acababa de descubrir que el agua del Cantábrico es distinta a la del río Gállego.

Después, pasaron varios años sin vernos. Pero cuando me trasladé a Javier, en seguida me puse contacto con Rafael, que residía en Huesca, como capellán y profesor de religión de un instituto, y dedicado a sus otras múltiples actividades.

Desde entonces, unas veces era él quien venía a Javier, y visitábamos las comarcas aragonesas lindantes con Navarra, como la Canal de Berdún o la Valdonsella. Y otras me iba yo a Huesca y Rafael hacía de cicerone enseñándome la Catedral con el recinto donde tuvo lugar el episodio de la Campama, o San Pedro el Viejo o la ermita de Salas; o me llevaba a que al Somontano, Sobrarbe o Ribagorza.

En estas visitas, tuve el honor de entrar en su local de trabajo: un piso, en frente de aquel en que vive, y del que no puedo testificar si tiene paredes. Porque no vi más que estanterías repletas de libros que subían desde el suelo hasta el techo. Rafael se disculpó:

—Es que es el único vicio que tengo.

Luego detalló:

—Ahora que aquí no hay libros más que de dos clases: libros de cura y libros sobre Aragón.

En los años que no nos habíamos visto, Rafael había publicado su *Des-honor del Aragonés*, con un léxico tan rico que no explica si no se toma en cuenta que se trata no tanto de regionalismos como del sedimento de una auténtica lengua romance, la fabla o fablas aragonesas, que en sus reductos pirenaicos luchan por sobrevivir; fabla de la que el amigo Andolz se había hecho asimismo experto.

Después ha publicado otros libros cuyos títulos bastan para hacer ver que su denominador común es la investigación y salvaguarda del alma del pueblo: *El humor aragonés*, *El bandido Cucaracha*, *Puchimán de Loarre*, *El cura de Sarabillo*, *El gigante de Sallent*, *Curanderos, pilmadores y sanadores del Alto Aragón*, *La aventura del contrabando en Aragón*, *Hechos y dichos del guiñote*, *Leyendas del Pirineo* y, en prensa, la trilogía *El nacer*, *El casamiento* y *La muerte en Aragón*.

Aparte, mantiene por todo Aragón una imparable actividad de conferenciante, de la que no doy detalles, por no haber tenido el gusto de oírle.

Colabora en la prensa local con un artículo dominguero, en una sección llamada durante años *Cuando hablan las piedras*; pero que ha cambiado de nombre por el de *Cuando callan las piedras*.

Si hasta las piedras le dan materia y tema, tanto cuando hablan como cuando callan, algún malicioso podrá pensar que así cualquiera. Pero por poco que leyera estos trabajos, reconocería que nuestro amigo ha tenido que patear palmo a palmo toda la amplia, brava, grandiosa y bella geografía oscense, en una labor de campo que no omite ningún monumento, ruina o vestigio, y en la que se han empleado miles de horas oyendo a sus gentes, tanto las que viven bajo los neveros del Pirineo, como los que moran en los secarrales de los Monegros.

Estos artículos forman toda una enciclopedia del alma de su tierra, mérito reconocido con algún premio y por el que dudo haya nadie más indicado para hablarnos de su literatura popular: amplísima materia de la que él ha seleccionado, según información particular y si no entendí mal, el tema de las leyendas, en su relación con la historia, la Montaña, la brujería, el talante aragonés...

Temo haberme alargado. Es que quería hacer ver quién es el que va a dirigirnos la palabra: Rafael Andolz, gran conocedor de las cosas de su pueblo y leal amigo de nuestra tierra vasca, como yo lo soy de la suya aragonesa.